

Pocas veces es tan difícil como hoy marcar un EJE desde **Educación** a una situación con tantas variables. Hay que pensar en general, pero también en cada caso. Ahí va eso.

El comportamiento pendular de muchas familias

Manuel Pérez Real (SE)

Decía Aristóteles que en el término medio es donde radica la virtud. Pues bien, parece que eso no va con nosotros. Hemos pasado de comportamientos excesivamente autoritarios a contextos excesivamente permisivos. Pasamos de una situación a la contraria. No tenemos término medio. Hay una fuerte crisis de valores. O, mejor dicho, tenemos unos valores que no sirven para afrontar la sociedad presente y futura con garantías de éxito. Se impone un cambio de valores. Muchas familias, en su desesperación, claman al cielo por ello. Pero no es tarea fácil (Castillejo, M. 2006. 81). Muchos maestros lo intentan pero sus enseñanzas y su poco rato con los niños topan contra la incoherencia de los valores experimentados en muchas de nuestras familias, en la calle y, sobre todo, en lo que transmiten los medios de comunicación.

Estamos ante una situación de desconcierto que mina el ánimo y el estímulo del alumno. Urgen Escuelas de Padres y actividades, sobre todo prácticas, que fortalezcan este cambio de valores y que los niños se impregnen de ello. Esta tarea es, frecuentemente, tan difícil como cambiar el sabor y las aportaciones nutritivas del plancton de un océano para que los peces se desarrollen de otra manera.

Fruto de la presión ambiental, muchos padres han pasado de ser padres

a convertirse (o intentarlo) en “colegas” de sus hijos. Triste error que deja “huérfanos” a muchos niños. Si soy colega o amigo de mis hijos, ellos se quedan sin padre. Menuda desgracia.

Estas actitudes paternas provocan que los niños no respeten a sus padres y mayores. Les discuten y cuestionan, permanentemente, sus principios y normas. Es el pan nuestro de cada día el encontrarnos con la falta de respeto y la habitual confrontación entre padres e hijos. Esta pugna se traslada a la escuela con más crudeza, si cabe, porque las relaciones de amor que se dan en el seno familiar no se dan con tanta intensidad en el medio escolar.

Hablamos del comportamiento pendular de nuestras familias también cuando hacemos referencia a los dos extremos educativos. Más bien, des-educativos. El primero de ellos es la hiperprotección o sobreprotección. Nuestra sociedad es excesivamente permisiva. En esta sociedad, un tanto opulenta, el capricho no está siendo controlado. Las demandas no necesarias de nuestros hijos, aleccionados por la colonización publicitaria de nuestras mentes y corazones; hacen que nuestros hijos (y nietos) estén, como vulgarmente se dice, maleducados. Sobreprotegidos, en suma. Se convierten así en hijos complicados de llevar. En alumnos complicados para el profesorado porque cuando le tenemos que reñir, o



sancionar, no encontramos el respaldo de los padres. Más bien al contrario, frecuentemente los tenemos en frente. Cuando los padres no respaldan al profesor en sus medidas sancionadoras, la autoridad del profesor se debilita. Un profesor con la autoridad debilitada y el prestigio por los suelos no es un referente para que sus alumnos sigan sus enseñanzas y tengan motivación para asumir los valores propuestos.

El polo opuesto a la hiperprotección es el abandono. Ésta es otra característica de no pocas familias de nuestra sociedad actual. Estamos llamando abandono a la situación de despreocupación por la formación de los hijos. También se dan abandonos de mayor calado pero, en este caso, no nos referimos a ellos sino al abandono en

el tesón por procurar la formación integral para el pleno desarrollo que nuestro Código Civil nos plantea como obligación de los padres.

En la actualidad, la desestructuración familiar es un hecho dolorosamente frecuente. Por multitud de razones, nos encontramos con muchísimas familias rotas o peligrosamente quebradas que se ocupan y preocupan poco por la formación integral de sus hijos. Los niños cuyos padres se ocupan poco y mal de ellos también son alumnos difíciles, porque la falta de cariño, la desatención paternal repercute en ellos directamente y los transforma en alumnos problemáticos y frecuentemente indisciplinados.

La escuela carece de medios para atender las

necesidades reales de muchos de estos niños. Los maestros y profesores necesitamos la colaboración de las familias para el favorable desarrollo educativo y cuando la familia no aporta su participación, la capacidad de educar de los profesores es muy limitada (Asensio, JM.2006. Pág.18). Difícil misión. Apasionante misión a pesar de la impotencia que muchos de los educadores sentimos cuando, a diario, nos topamos con situaciones como las aquí descritas.

En conclusión, la hiperprotección y el abandono son dos características pendulares que inciden, y de manera muy importante, en el fracaso escolar. La sociedad tiene la palabra. ■